

Mercedes Fernández-Martorell

Capitalismo y cuerpo: crítica de la razón masculina

Barcelona: Cátedra, 2018, 174 pp.

Cuerpo y capitalismo es un sugerente ensayo en el que la antropóloga Mercedes Fernández-Martorell analiza los dispositivos con los que, a partir del siglo XVI, el capitalismo fraguó las nuevas formas de jerarquización social en sus vertientes de género y clase. Poner de relieve este nexo, esta misma matriz, es el principal objetivo del libro: partiendo de que el cuerpo, lejos de constituir una materia biológicamente determinada, es una construcción social que cambia históricamente, se pone de relieve cómo el sistema capitalista constituyó, a través de unas específicas –aunque cambiantes– concepciones del cuerpo masculino y femenino, un doble proceso, basado en la aceptación de la subordinación de la mayoría de los hombres a otros más poderosos a cambio de la entrega, a cada uno de ellos, de un cuerpo de mujer. El funcionamiento de la estructura social de clase específica del capitalismo se fundamenta, pues, en la subordinación de las mujeres a los hombres a través del matrimonio monogámico, característico de las sociedades europeas e impuesto a otras a través del proceso de colonización.

El libro se estructura en seis capítulos, en el primero de los cuales se rastrean los orígenes del específico modo capitalista de “vivir en mujer” y de “vivir en hombre”. Se destaca la idea de que la medicina vesaliana supone la introducción de la ciencia moderna en la legitimación de la jerarquía sexual, ya que, pese a que todavía no ha sido concebida la dualidad de cuerpos (la mujer viene a ser un hombre vuelto del revés, lo que supone la refuncionalización de la vieja idea aristotélica del macho imperfecto), la consecuencia del saber médico es que las mujeres son una mera máquina reproductora. Esto coincide con la instauración del matrimonio cristiano tal y como, a partir de mediados del XVI, ha sido concebido como la única fórmula legítima hasta prácticamente la actualidad, y

una importante consecuencia de tal mutación es la brutal persecución de la brujería durante los siglos XVI y XVII, que supone la represión masiva de mujeres que se resistían a encajar en el nuevo modelo patriarcal. Con tal matanza, al tiempo que se deslegitiman saberes populares, se advierte a la mayor parte del sexo femenino de cuál es su papel en la sociedad. Habría pues un claro nexo entre expansión del primer capitalismo, imposición del matrimonio moderno y represión de la brujería, que se plasma en la aceptación generalizada de que la mujer es no solo un objeto reproductor, sino también exterminable. Tal vez no estaría de más añadir que la quema de brujas tiene otra cara complementaria que no aparece en el libro, que es la proliferación de tratados que, desde la Baja Edad Media, se dedican a ir formando la imagen de la correcta feminidad, perfilando el modelo de esposa burguesa que acabaría imponiéndose definitivamente con la plasmación del “ángel del hogar” en el siglo XIX: obras como el *Llibre de les dones* del franciscano Francesc Eiximenis (c.1392), *De institutione feminae christianae* de Luis Vives (1523), o *La perfecta casada* de Fray Luis de León (1584) serían sólo algunos ejemplos, notables debido a su calidad literaria, pero son legión los libros que se dedican a esa “redefinición social de los sexos” que, según Julia Varela tuvo lugar durante el advenimiento de la primera Modernidad, redefinición que, por otra parte, coincide en el tiempo con la emergencia de obras que problematizan la condición de la pobreza, de forma que también apunta formas protocapitalistas de disciplinar los cuerpos. En todo caso, se trata de consideraciones que vendrían a reforzar la tesis principal del libro.

Durante el siglo XVIII, se experimenta un nuevo proceso de resignificación: de la mano de la medicina ilustrada, hombre y mujer pasan a ser conceptualizados como cuerpos distintos por naturaleza, con lo que el “cuerpo único” deja paso al “dual”. Esta nueva concepción de la carne no significa, sin embargo, una alteración de las relaciones jerárquicas basadas en el sexo: la Revolución Francesa modificó relaciones sociales entre quienes “vivían en hombre”, pero las mujeres quedaron excluidas de la actividad política: el caso de la guillotina Olympe de Gouche, en 1793, es paradigmático al respecto. La Revolución, pues, lo que hace es reforzar el entramado de fuerzas necesario para el desarrollo del capitalismo, que exige la entrega de una mujer a cada hombre. Ahora bien, ya antes del estallido revolucionario, la extensión dieciochesca de ideas como la higiene pública, deja en manos del saber médico la gestión de los cuerpos, lo que proporciona una categoría de ordenamiento político a las jerarquías sociales asentadas sobre la diferencia sexual. Con todo, el proceso no es uniforme, y en la imposición del modelo hogareño de madre cuidadora las diferencias sociales son

claras, pues es mucho más fácil imponer la nueva normativización en familias burguesas que en las clases bajas, en las que prácticas ilegítimas como el concubinato permanecen mucho más asentadas. Tarea de las instituciones filantrópicas, de carácter primero nobiliario (ilustrado) y luego burgués, será promover y vigilar tal proceso moralizante. Impecable es el análisis de la medicalización decimonónica del cuerpo de la mujer, que pone de relieve el significado político de gestos médicos como el tacto o la mirada; ni siquiera las interpretaciones del olor corporal escapan a la mirada de la autora. Cierto es que el espacio de la visita médica se profesionaliza durante el XIX de maneras diferenciadas: en cuanto a la mujer burguesa, el médico deja de trasladarse a su casa para hacerla visitar su consulta, mientras que las mujeres de clase baja deben acudir a la nueva institución de la clínica, donde se realizará todo tipo de prácticas sobre sus cuerpos con muchos menos miramientos que en las mujeres de clase elevada. En todo caso, estas prácticas no hacen sino asentar el proceso que se apunta desde el siglo XVI, ya que respaldan el orden social jerarquizado tanto entre hombres y mujeres como entre mujeres entre sí, al imponer la idea de que “quien vive en mujer es considerada según el lugar social del hombre que la tiene a su cargo” (p.64). Quizá no hubiera estado de más apuntar que, como consecuencia del proceso de medicalización de la sociedad característico del orden burgués, la figura del sacerdote deja paso en buena medida a la del psiquiatra, lo que implica que la bruja es sustituida por la histérica, lo que supuso también una nueva forma de marginalización de las mujeres que no se adaptaban a las normas patriarcales.

Otro de los méritos del libro es ubicar el papel de la prostitución en este complejo proceso. Aunque esta dista de ser una institución universal, sí ha sido una constante en la historia de Europa, desde donde se trasplantó al cuerpo de las mujeres que vivían en los territorios invadidos. Ello no significa, sin embargo, que la historia de la prostitución sea algo inmutable: aunque durante la Edad Media ya hay toda una economía del castigo destinada a marcar el cuerpo de las prostitutas, los niveles de tolerancia social son mucho mayores que a partir del Concilio de Trento, cuando “se asiste al fin de la convivencia pacífica entre los burdeles y las sociedades urbanas” (p.75), lo que tiene mucho que ver con la imposición del matrimonio católico. La escalada en la marginalización de la prostituta, su equiparación con las categorías de vagabunda y ladrona, encuentra su contrapartida en la fuerte resistencia por parte de las afectadas a acatar las sucesivas leyes represivas, lo que permite interpretar sus estrategias corporales (como el constante desafío a las leyes de la vestimenta) en clave política. La prostituta es, al fin y al cabo, una mujer que no acepta el pacto entre hombres,

pues no se entrega a uno sólo en matrimonio, y en su represión jugarán un importante papel instituciones como las Casas de Recogidas, que proliferan durante el siglo XVII, y que suponen un proceso de moralización que se acentúa en el XVIII con los gobiernos del despotismo ilustrado. Aquí resulta sumamente interesante constatar cómo se ha podido realizar una reinterpretación de Foucault en clave feminista, pues las modernas cárceles del XIX no representarían tan gran novedad, si tenemos en cuenta que, durante los siglos XVII y XVIII, las mujeres ha estado ya sometidas a espacios de reclusión que compaginan el castigo corporal con el objetivo de remodelar las almas. En todo caso, la reglamentación sobre el cuerpo de las prostitutas juega un importante papel en la reproducción del sistema capitalista, ya que la violencia ejercida sobre las mismas resulta de gran efectividad de cara a convencer a la mayor parte de los cuerpos que “viven en mujer” de que la manera más prudente de sobrevivir es hacerlo adscrita a un único hombre. Tal vez valga la pena apuntar aquí que, aunque entre los objetivos de la autora no se encuentra mediar en el actual debate en el seno del feminismo sobre la regulación o abolicionismo de la prostitución, la frase con que concluye el capítulo 3 parece suficientemente elocuente: gracias al movimiento feminista, “ahora toda mujer tiene la posibilidad de trabajar -quizá- para sobrevivir sin que su cuerpo pertenezca a un hombre; al igual que la mujer dedicada a la prostitución” (p.92).

El capítulo 4 (“Fabricar lo femenino”) es, en buena medida, un ajuste de cuentas de la autora con su disciplina, una crítica del androcentrismo antropológico predominante hasta los años sesenta del pasado siglo. Muestra cómo en numerosas ocasiones los antropólogos, en su interpretación de sociedades no occidentales, han reforzado (naturalizándola) la norma capitalista de que a cada hombre debe corresponder una mujer en propiedad, negando de paso a las mujeres su capacidad de transformación social. La reinterpretación que efectúa de casos concretos (como las mujeres yir-yoront, en Australia, agentes activas y plenamente conscientes de sus estrategias de cambio social), se ve corroborada por el propio proceso experimentado en las sociedades occidentales: durante la época de la Revolución Industrial, la temprana incorporación de las mujeres a las fábricas supuso un desafío a las formas de masculinidad hegemónicas, aunque la reacción de la mitad de la clase obrera fuese reforzar el pacto entre hombres en detrimento de aquéllas, utilizando una vez más argumentos médico-científicos, como la natural debilidad física, la necesidad del ejercicio de la maternidad, etc.. Esta voluntad de reclusión de las mujeres en el hogar supuso la consolidación del capitalismo como un sistema que legitima la masculinidad de quienes, dentro de la clase obrera, “viven en hombre”, a cambio de la aceptación de jerarquías que

objetivamente les perjudican. Evidentemente, tal modelo doméstico se impone de manera mucho más efectiva en las familias burguesas, pero lo interesante es constatar cómo el trabajo real ejercido pese a todo por múltiples trabajadoras fuera de casa es silenciando o visto como algo complementario al trabajo verdaderamente importante. Se enfatiza, sin embargo, la fuerte resistencia de las mujeres a aceptar este rol subordinado, y ya en el siglo XX, el movimiento feminista se erige en la crucial fuerza de transformación social que pone en entredicho el sistema. Las críticas a la escuela, a la universidad, a las instituciones disciplinarias, a la fábrica, a la familia o a los conceptos de maternidad y paternidad, suponen un imparable rechazo de la normativa impuesta sobre el sexo. Mediante la consecución del reconocimiento de la posibilidad de cada mujer de trabajar fuera de casa, es decir, de sobrevivir de manera independiente, sin tener que entregar su cuerpo a un hombre, el empuje feminista consigue en buena medida el resquebrajamiento del viejo pacto entre hombres que se encuentra en la base del capitalismo. Aunque las cronologías pueden variar de unos países a otros, mayo del 68 marca un momento fundamental: el impacto de este movimiento social se acompaña de la irrupción definitiva del feminismo en antropología (habría que añadir que también en la sociología o la historia). Ahora bien, es interesante constatar cómo el capitalismo ha conseguido recomponerse para pervivir tras la ruptura de las normas sin las cuales no hubiera podido asentarse: la mercantilización, la reconversión en negocio de las funciones hogareñas desempeñadas hasta entonces por la mujer (por ejemplo, mediante la extensión de los aparatos domésticos), es sólo un elocuente ejemplo al respecto.

El capítulo 5 comienza desarrollando una idea que la autora ya había planteado en trabajos anteriores, y es la problematicidad del propio término “género”. Si bien en un primer momento éste tuvo la capacidad de arraigar como la principal arma política contra el patriarcado, en realidad encierra un trampa, al dejar al movimiento feminista “atrapado en la creencia de que lo biológico no pertenece a la cultura” (p.126), de manera que el sexo no deja de representarse como un destino predeterminado. Si al cuerpo sólo podemos acceder a través de un determinado imaginario social, las concepciones del mismo sólo pueden tomar entidad a través de su adscripción a normas socioculturales históricamente determinadas y cambiantes, de manera que la noción de sexo biológico está tan producida socioculturalmente como la de género. Así, disciplinas como la biología y la medicina han conseguido la legitimidad de adjudicar el destino (jerarquizado) del ser humano, haciendo pasar constructos culturales por naturaleza; es decir, por algo inevitable e inmutable. A desmontar esta idea han

contribuido distintas corrientes, como la teoría *queer* o las *Radical Lesbians*, cuya mera presencia vendría a desmontar la universalidad de las leyes del parentesco y la exogamia teorizadas por Lévi-Strauss, y para quienes el concepto de mujer es tan solo “una categoría existente en razón al hombre” (p.128), postura que coincide en gran medida con teóricas como Haraway o Butler (por citar sólo a algunas referencias de las que se sirve la autora), quien insiste en la performatividad del concepto de género, arguyendo que movimientos como el LGTBI demuestran que el sexo está falsamente naturalizado. Por su parte, la antropología feminista ha sacado a la luz culturas en las que se puede vivir a lo largo de la vida en géneros diferentes, además de existir más de dos. En definitiva, ni una “mujer” equivale obligatoriamente a un cuerpo biológico femenino, ni un “hombre” a uno masculino, por lo que un sexo no lleva pegado necesariamente un género. Así, al poner de relieve que la práctica y el discurso biológico son constructos sociales, se desnaturalizan las normas, y con ellas la estructura social apoyada en la diferencia sexual. Por fin, la autora no olvida denunciar el giro neoliberal que ha tomado buena parte del movimiento feminista, ese “feminismo corporativo” mediante el que algunas mujeres han conseguido acceder a determinadas posiciones de poder, a cambio de renunciar tanto a la igualdad de género como a la igualdad social en general.

La revolución con que el movimiento feminista ha sacudido el entramado de relaciones capitalistas ha incidido de diferentes maneras en los cuerpos de hombres y mujeres. Aquí la autora retoma el tema de la violencia machista, que ya fue objeto de su anterior libro *Ideas que matan*, pero ampliando el espectro teórico que sirve para explicar la violencia masculina, hasta hacer de la misma un denominador común a todos los hombres, que se explicita por ejemplo en situaciones bélicas o contextos de violencia política, como golpes de Estado. Aquí se echa mano de teorías como las de Arendt o Todorov sobre autoridad y obediencia, pero añade un importante corolario de género, como ha sido y es la capacidad de violar masivamente a la mujer del enemigo en este tipo de situaciones. Así, quienes en situaciones de normalidad maltratan o matan a *sus* mujeres no son locos ni monstruos, sino hombres actúan de acuerdo a una estructura que el movimiento feminista ha roto: hombres que no asumen que las viejas costumbres sobre la *natural* diferenciación sexual han quedado obsoletas, y que piensan que tienen derecho a seguir disponiendo de una mujer como un instrumento propio. Además, y de manera un tanto paradójica, las recientes transformaciones del capitalismo actúan en la misma dirección: el hombre ya no puede esperar a que se le proporcione un trabajo asalariado con el que mantener a su mujer, con lo que ya no puede exhibir su hombría, su masculinidad ante sus

congéneres. El maltrato, el asesinato, se convierten así en un intento de restaurar la vieja alianza masculina; es por tanto un diálogo entre hombres.

Estamos pues ante un libro importante. Tal vez podamos objetar que desde el principio parece presentárenos el capitalismo como un producto surgido y acabado ya plenamente en el siglo XVI, con unos dispositivos de feminización y masculinización establecidos de súbito, cuando el proceso fue largo y tortuoso, como por otra parte bien muestran los numerosos ejemplos de resistencia que la propia autora analiza, desde la brujería hasta el feminismo. Tal vez esto sea achacable a la propia brevedad del texto; en todo caso, las tesis fundamentales quedan sobradamente apuntaladas. Para finalizar, se apuntará que no podemos dejar de leer este trabajo con un cierto desasosiego: el nuevo capitalismo financiero ha sido capaz de adaptarse al resquebrajamiento de su antigua base, y el hecho de que no exista un verdadero cuerpo sin una inequívoca base sociocultural que lo sustente no sólo no ha hecho mella en el mismo, sino que su capacidad depredadora, su habilidad para amoldar negocios a lo que cada cual haga con su cuerpo, demuestra que es capaz de seguir extrayendo beneficios de la nueva situación. Y ante tal tesitura la respuesta no es fácil. Urge idear nuevas alianzas que aprovechen la fuerza de empuje del marginal, que ha mostrado sobrada capacidad histórica para provocar cambios sociales. Y es que la justicia de género, para realizarse, necesita ineludiblemente cruzarse con otros ejes de subordinación, como la clase o la raza. Sólo desde lo que salga del común, de las nuevas tramas entre cuerpos que sean capaces de general formas económicas y sociales alternativas, se podrá poner freno al nuevo “terror que activa la actual mutación del capitalismo” (p.174). Ese es el difícil reto al que nos enfrentamos, y Fernández-Martorell nos proporciona importantes pistas para intentarlo.

Pedro GARCÍA PILÁN
Universitat de València